

MARAÑÓN, IBERISTA

por JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

Apasionado de todo lo español, Gregorio Marañón también lo fue de lo portugués. Aunque en las profesiones de afecto y alabanza del gran humanista se contenía habitualmente una buena dosis de retórica de la mejor ley, desde luego, y su espíritu se sintiera inclinado a la exaltación y el elogio, a las veces, un tanto indiscriminados, no puede dudarse que su canto férvido a las virtudes y cualidades del pueblo luso es sincero y traduce la viva estima experimentada hacia sus gentes e historia. Penetrado de este amor, acertó a desvelar una de las claves más profundas de la personalidad y sicología colectivas de la nación portuguesa. En efecto, utilizando un bello símil náutico, tan apropiado a la naturaleza y geografía lusitanas, el autor de *Amiel*, gustaba de representarse al país vecino como la proa de lo europeo —quintaesencia para él de toda perfección— hacia toda suerte de descubrimientos sociales y científicos. De esta forma, la civilización occidental había encontrado en Portugal uno de sus vehículos más vigorosos y una de las expresiones más acendradas de su genuino ser. Las bellas cualidades del alma lusitana —ternura, cortesía, recato se proyectaban a los ojos del Dr. Marañón como uno de los tesoros mejor y más permanentemente conservados de la cultura y civilización europeas ⁽¹⁾.

1) Vid. J. M. CUENCA TORIBIO, *Intelectuales y políticos contemporáneos*. Sevilla, 1992.

Debido en gran medida a estos rasgos y al curso de la historia peninsular, Portugal alcanzó pronto el estadio de nacionalidad. Con la serenidad del hombre de laboratorio, el escalpelo marañoniano diseccionaba así una realidad a veces objeto de polémicas. En toda la meditación lusitana del insigne médico no hay el menor resquicio para la duda o la nostalgia de una unidad política peninsular. El Portugal de los Felipe, significó una torcedura momentánea del curso de la historia, pronto reparada. Todos los argumentos esgrimidos comúnmente aquende o allende el Tajo para justificar el ideal o el ensueño de una Iberia unitaria carecían de verdadera sustancia ante la mirada del célebre clínico. La pronta fragua de un Estado independiente bajo la Casa de Borgoña señaló para Portugal el rumbo indeficiente de su trayectoria.

Tal comprensión de lo portugués le permitiría moverse con mucho desembarazo por los puntos más conflictivos de las relaciones entre los dos pueblos ibéricos. Ningún prejuicio español nubló su aproximación a los habitantes y a la historia de la nación vecina. Fueron muchos, en efecto, los coetáneos con los que Marañón anudaría lazos de simpatía y conocimiento a lo largo de su fecunda existencia. En primer término, claro es, sus colegas y compañeros de la medicina de Portugal y Brasil, nación esta a la que consideraba plena y admirablemente injerta en su espíritu vanguardista y pionero, el retoño más pujante ⁽²⁾. De muchos galenos lusitanos y brasileños trazaría la pluma incansable del autor de *Tiberio* la semblanza entusiasta o enaltecedora al hilo de algún fasto conmemorativo o de la publicación de ciertos de sus trabajos, prologados por su incesable pluma en varias ocasiones. Nunca regateó loanzas al trabajo desplegado en los hospitales y centros clínicos de los dos países y gustó de ensalzar los éxitos cose-

2) «El Brasil, en fin. El Brasil, como fuerza actual, aparece en el fondo del admirable relato, con su magnitud, con su complejidad, con su capacidad de atracción (...) Todo lo que es modernidad tiene en este gran pueblo una representación genuina: la gigantesca y trepidante actualidad con sus moles de edificación, con sus máquinas, con su furia de llegar antes, parece que ha nacido allí y para allí», O.C. I, 1975, p. 943.

chados en sus facultades y academias ⁽³⁾. Compañeros e instituciones le respondieron con la misma moneda. Marañón sería recibido, así, como doctor honoris causa por las Almas Mater portuense y coimbricense y pronunciaría solemnemente diversas conferencias en los claustros más reputados ⁽⁴⁾.

Lisboa le tuvo varias veces como huésped ilustre con motivo de acontecimientos culturales de alto rango, en uno de los cuales espíritu liberal al fin y al cabo, no vacilaría en hacer un inteligente elogio de la figura y obra de Antonio Salazar ⁽⁵⁾.

Atraído, como se sabe, por la etapa romántica, quizás la predilecta de sus aficiones literarias —por más que sus innumerables

3) Su elevado juicio acerca de la Medicina lusobrasileña se compendia en el elogio tributado al célebre premio Nobel Egas Moniz en el momento de serle otorgada dicha distinción y en el instante de su muerte, y en el manifestado hacia otras relevantes figuras del mundo hipocrático de la nación vecina: «La obra del ilustre médico portugués está tan viva, no ya en la memoria sino en la práctica diaria de los clínicos, que no se necesita mencionarla. En estas líneas le enviamos un saludo cuantos trabajamos en el Instituto (de Patología Médica de Madrid), en el que tantas y tantas veces se pronuncia el nombre de Egas Moniz, con el reconocimiento a su dignidad científica, que nadie discute, que nadie le regatea, y que, con asentimiento unánime ha sancionado la Academia de Suecia (...) En 1926 tuvo la intuición y la realización de la angiografía cerebral, que tanto ha contribuido al progreso de la neurología. En 1935 inventó la leucotomía. Cualquiera que sean los resultados prácticos de esta intervención, su importancia fisiopatológica es inestimable (...) Deja Egas Moniz más de 300 publicaciones. Pero lo esencial ha sido esta noble continuidad, renovada, aguda, por los problemas neurológicos y psiquiátricos, de la que nacieron sus dos hallazgos; los que, justamente, la han llevado a la gloria del Premio Nobel». O.C., IV, pp. 780 y 1099 resp. «Un gran patólogo portugués, amigo cordial de España, querido y admirado muy especialmente en nuestro Instituto, donde no pueden olvidarse las magistrales conferencias que ha pronunciado, en su cátedra, en los últimos años, acaba de ser nombrado profesor titular de patología médica de la gloriosa universidad de Porto. Llega Cerqueira Gomes al supremo magisterio de la medicina tras una vida fecunda, ilustrada día a día de merecimientos y triunfos (...) Ha enseñado donde quiera y ha dejado discípulos en todas partes (...) En su nuevo cargo, Cerqueira Gomes añadirá muchos días de gloria a la medicina portuguesa y a su propia historia». Ibid, 981.

4) He aquí una expresiva muestra: «... recuerdo también a un portugués, profesor de esta misma universidad, cuyo amor me acoge esta noche, Ricardo Jorge, al que, siendo yo muchacho, conocí en París, donde, como Eça de Queiroz representaba a Portugal con esa tranquilidad de gran señor con que los portugueses pasean a su patria por el mundo (...) A él debo el primer contacto directo con la universidad portuguesa, y con la de Porto, donde hoy me siento entre vosotros, como uno más (...). Nada más os puedo ofrecer que esta confesión de mi vocación universitaria y de mi amor a la Universidad portuguesa. Y sobre todo ello, la seguridad de que en la tienda de enseñar, que sigue siendo mi vida de cada día, figurará siempre como el blasón que más estimo el título de doctor de la Universidad de Porto». Obras completas..., II, 1966, 427-8. «... con todo lo que representa (Coimbra) a través de los siglos, vuestra universidad, arquetipo no sólo de una cultura sino de toda una nación!». Ibid. p. 603.

promesas acerca de obras encetadas sobre Espronceda, el exilio romántico o no pasarán nunca del estado de fáfara—, algunos de los nombres egregios de esa época en Portugal imantaron con fuerza su atención, a la manera de A. Garret. La compendiosa semblanza de éste es muy valiosa por su penetración en algunos de los resortes más íntimos de su universo biográfico y literario. Rompiendo una decidida lanza por la época y sus hombres, Marañón dibujaría una estampa atópica y muy original del mundo romántico encarnado insuperablemente en Portugal por Garret, bien que el estrecho paralelismo que trazara de éste con Francisco Martínez de la Rosa sea en más de un extremo discutible ⁽⁶⁾.

Pero, conforme se recordará, las referencias y alusiones al pasado lusitano se centrarán en su pluma en un periodo alejado del romántico. Como no podía de ser menos dada su preferencia por el reinado de Felipe II, la anexión de Portugal sería el capítulo de la historia que está más extensamente abordado por Marañón en sus obras de mayor envergadura historiográfica. Aunque sería en el otoño de la Edad Media cuando la historia portuguesa apareciese en la reconstrucción del pasado hispano hecha por el autor de *Enrique IV*, con la imagen, desenfadada y alegre, de las doncellas de atrevidos gestos y aún más audaces vestidos, que acompañaron a la hermosa reina D^a Juana, la joven y segunda esposa del hipochondríaco Trastámara, es con la bella y espiritual madre de Felipe II cuando verdaderamente Portugal comparece con mayor plenitud en la obra de nuestro escritor ⁽⁷⁾. La libertad de espíritu a que antes aludíamos permitía a su pluma siluetear con rasgos negativos la figura del rey D. Sebastián, contraponiéndola un tanto a la de la emperatriz dibujada con los pinceles más entusiastas y en-

5)

6) «Portugal ha tenido siempre, y ésta es su máxima gloria, el privilegio de mirar y ver claro en la lejanía, en el confín, todavía no descubierto, tanto en la geografía del planeta como en la geografía de la Historia. Y el que ahora Portugal honre oficialmente y precisamente aquí, en su Academia das Sciencias a su más glorioso romántico, tiene, quizás un sentido profético: el de que, en un mañana no lejano, el mundo se dé cuenta de que no se vive sólo de la comodidad, sino también de la ilusión y de la gracia» O.C...., II, p. 533.

7) «Podemos imaginarnos (...) la tempestad de murmuraciones, sobresaltos hipócritas y aspavientos que provocaría en la Corte tan gazmoña la alegre desenvoltura de esta reina extranjera, de apenas quince años, rodeada de damas, parejas a su señora en las gracias y en la juventud». O.C., V. 1976, p. 148.

cendidos, viniéndola a considerar como el exponente más acabado de algunas de las características del alma lusa. Con idéntica simpatía se describen también otros hombres de importancia indudable en el reinado filipino como Rui Gómez de Silva y D. Cristóbal Moura. Uno y otro tuvieron un protagonismo indiscutible, singularmente el segundo —a causa del fallecimiento del marido de Ana de Eboli— en la incorporación de Portugal a la Corona española ⁽⁸⁾.

Ningún trémolo patriotero se dejará advertir en el análisis de este capítulo llevado a cabo por Marañón en una de sus obras más divulgadas, *Antonio Pérez*. Atribuyendo un grande y, sobre todo prolongado, arraigo en el ánimo del monarca por reunir bajo su cetro a los dos pueblos peninsulares, Marañón estimará que la anexión fue una gran operación de Estado, milimétricamente calculada y minuciosamente plasmada. Sin engolfarse en el controvertido tema de las razones dinásticas y los derechos de sangre de Felipe II y de los diversos candidatos al trono luso, Marañón observará la incorporación a la luz de la razón de Estado y de la ley del más fuerte.

«Por méritos genealógicos ninguno de estos tres candidatos (D^a Catalina, duquesa de Braganza, D. Antonio, prior de Crato) alcanzaba los puntos de Felipe II (...) La copiosísima herencia compensaba en don Felipe la desventaja de ser nieto de don Manuel por vía materna, mientras que su rival, doña Catalina de Braganza, era heredera por conducto viril. Y su situación de absoluta ortodoxia moral y su eminente rango en las familias reinantes de Europa le hacían inmensamente superior a don Antonio de Crato, de progenie también viril, pero hijo ilegítimo y con media sangre israelita. Con todas estas ventajas, el monarca español tenía en su contra el recelo que inspiraban en el pueblo y en buena parte de las clases altas portuguesas su gran poderío y su política absor-

8) Cfr. O.C., III, 1972, p. 1004; VI, 1970, pp. 185-9 y 286-7. Nunca muy bragantino también en esta ocasión Marañón pergeñará un retrato *au noir* de otro de los candidatos al trono portugués: «El duque de Braganza era, por otra parte, a diferencia de su brava e inteligente mujer, un hombre negativo, vacuo y desarreglado de cuanto los demás aderezaban; y, por si fuera poco, venal, pues acabó vendiéndose a los sobornos de los castellanos (...) La capacidad corruptora de Felipe II y la capacidad corruptible de los portugueses iban a la par». O.C., VI, p. 289.

bente. Era evidente que a pesar de la notable ecuanimidad con que Felipe planteó el problema de la anexión de Portugal, éste, unido a España en estas condiciones, tenía que ser un Estado satélite. Si los aragoneses, con más raíces comunes no sentían una absoluta satisfacción interior de su unión a la poderosa Castilla (...), no nos puede extrañar la repugnancia de los lusitanos a la fusión, pues racial, sicológica y tradicionalmente se había creado ya un sentido de nacionalidad potentísimo en el pequeño e impetuoso país. Y contra el sentimiento nacional no hay nunca ni razones ni fuerzas suficientemente poderosas. Por eso, a pesar de todas las ventajas y justificaciones oficiales, tuvo Felipe que conquistar a Portugal por las armas y no llegó a dos reinados la duración de la conquista (...) Lo cierto es que Felipe hizo lo que pudo por conseguir la sucesión, sin mayor cinismo en el empleo de los recursos que creía eficaces que cualquiera de los otros candidatos. Es evidente que antes de usar de la fuerza puso en juego los poderosos recursos, diplomáticos o corruptores, que le daba su posición (...) Lo que pasaba es que era el más poderoso de todos y por eso parece ahora el menos simpático a los portugueses. Pero con todo su poder no pudo sojuzgar más que temporalmente a la gran fuerza que defendía Portugal, que era el espíritu de nacionalidad, el cual subsiste y se acrecienta bajo las miserias de los peores momentos políticos»⁽⁹⁾.

9) Ibid, pp. 288 y 291. Argumentación que volvería a ser desenvuelta en otro de los trabajos del autor. «La justicia, en este caso de la anexión de Portugal, no estaba de parte del rey español; aunque hay que reconocer que éste actuó como no hubiera actuado cualquier otro monarca de esa época, con una prudencia y una habilidad política y una comprensión humana, en verdad, excepcionales. Pero no tenía razón. Porque es vano argumentar que portugueses y españoles procedemos del mismo tronco y tenemos culturas, condiciones de vida y de ambiente y virtudes y vicios análogos. Hay algo que está por encima de todo eso; y es precisamente lo que define la personalidad de los pueblos, el hecho diferencial, que se forma no se sabe cómo y que agrupa a las masas humanas por encima de los territorios, de los climas y de las creencias. Ese hecho diferencial, inexorable, se había producida desde mucho tiempo antes de que se planteara en las cancillerías y en los palacios reales la unificación hispanoportuguesa. Los monarcas y las gentes de la Corte se dejaron engañar por el buen entendimiento con que se entendían españoles y portugueses. Pero siempre que su independencia se guardase. Por debajo de lo oficial, la más humana había creado ya el fenómeno diferencial de ambos pueblos que, a través de todas las vicisitudes, tenía que triunfar. Hoy podemos decir, que de las primeras grandes victorias políticas de la Edad Moderna, fue esta de la reincorporación de Portugal a su personalidad libre de nación. Así lo reconoció Cánovas del Castillo, nuestro máximo historiador de aquellos acontecimientos,

La historiografía hoy no ratifica todos los argumentos esgrimidos por el autor de *Antonio Pérez* (a cuyas páginas, precisamente, corresponde el texto transcrito) en defensa de sus tesis, ampliando el abanico de los pros y contras, muy singularmente el espacio económico, y rechazando categóricamente ciertas facetas de aquéllos, en particular, la etnicidad enarbolada por el gran galeno para apuntalar su toma de posiciones ante el tema; pero, dejado constancia de ello, debe reconocerse que su intuición del hecho nacional como idea motriz de la resistencia y posterior separación de los portugueses de la Corkona española es muy feliz y acertada.

Qui nominor leo; la fuerza, pues, a que se reducía la última *ratio* de la anexión constituía, desde luego, débil hilo, para formar el cañamazo de una unidad confiada e inextricable. En el mismo desarrollo de la incorporación estaba ya inscrito el desenlace del medio siglo adelante. Con igual serenidad y realismo, a la luz espectral de una historia nunca complaciente con los voluntarismos por elevados que fuesen, Marañón observaría la fecha de 1640. Si en 1580 existió grandeza en ciertos episodios y actores —v.gr.s, pese a sus reservas frente al Rey Prudente, rendiría justicia a la escrupulosidad y alteza de miras de su conducta a lo largo de todo este capítulo—, los acontecimientos y personajes que dieron lugar a la recuperación de su destino dibujan, en conjunto, un bajo perfil ⁽¹⁰⁾. El conde duque de Olivares no conoció entonces su mejor hora de gobernante ni tampoco dejaron tras de sí una

doblemente autorizado porque añadía a su perspicacia de hombre de ciencia su responsabilidad de gobernante». O.C. III, pp. 108-9. El distanciamiento de la postura marañoniana respecto a la mantenida por la mayor parte de sus coetáneos preocupados por el mismo tema se aprecia bien en el juicio que le mereciera a Antonio Ballesteros la incorporación de Portugal: «En 1580, Felipe II realizaba la unidad ibérica. Es el verdadero éxito de su reinado. De madre portuguesa, educado por doña Leonor de Mascarenhas; hablando el portugués; siendo su privado el antiguo menino don Rui Gomes de Silva; la anexión de Portugal fue el pensamiento constante de toda su vida; anhelo ardiente de su diplomacia y única empresa llevada a cabo por el monarca sin vacilación y con un espíritu de continuidad y loable perseverancia. Don Cristóbal de Moura dirigió con habilidad suma las gestiones diplomáticas; el viejo duque de Alba ganó sus postreros lauros militares en la campaña conquistadora, y el marqués de Santa Cruz consumó la derrota del Prior de Crato en aguas del Altántico. La anexión de Portugal fue la más florida hazaña del reinado del segundo Felipe». *Figuras imperiales*. Madrid, 1961. (edición en 1947), pp. 91-2.

10) Concuerda el de Marañón con el juicio que sobre el instaurador de la dinastía de los Braganza expresa J. P. OLIVEIRA MARTINS, *Historia de Portugal*, Lisboa, 1968. p. 117.

estela de respeto figuras como la regente Margarita de Parma o el propio duque de Braganza, Juan IV ⁽¹¹⁾. Únicamente la esposa de éste, Luisa de Guzmán, del linaje de los Mendoza, merecería un elogioso juicio del lado de la posterioridad, debido a las dotes de su carácter en el que la audacia y la tenacidad se conjugaron de manera insuperable ⁽¹²⁾.

Todo estaba escrito en el destino que rige el desenvolvimiento de los pueblos y 1640 no haría más que restituir a su verdadero ser una nacionalidad constreñida por la fatalidad en un estadio desgraciado de su evolución. El porvenir sepultaría en el olvido personajes oscuros o nefastos y políticas desmañadas y ciegas. El Portugal independiente devolvería al conjunto peninsular el dualismo establecido a uno y otro lado de la frontera marcada por los grandes ríos del territorio ibérico en el momento de configurarse

11) «Muchos menos grave es la responsabilidad del Conde-Duque en la guerra y pérdida de Portugal. Era tan artificiosa la incorporación de este reino a la corona de España, que su separación, impuesta por la realidad de lo étnico, por todo lo que hay de vivo y eficaz en el juego de la historia humana, no se hubiera hecho esperar con Olivares o sin él. No parece dudoso que la conducta inhábil del válido, exigiendo sin cesar hombres y tributos a un pueblo descontento por verse privado de libertad, unido por los vínculos artificiosos al vecino al que siempre mirara con reservas, ajeno a su política ambiciosa y dolido de verse arrastrado en sus errores políticos, acelerase lo que fatalmente tenía que ocurrir (...) Lo que aquí nos importa aclarar es la certeza de que la independencia de Portugal, era, como se ha dicho, inevitable». O. C. V, 1976, p. 801. Idéntica visión es la de F. de FIGUEIREDO: «Cuando el imperialismo oriental se derrumbó y la fatiga, la pobreza y el desaliento cívico hicieron posible el casi resignado acatamiento de la candidatura de Felipe II al trono portugués, cesó la eficiencia de ese segundo apoyo externo, del mar y sus conquistas —que fue la gloria y la ruina del país—. Y cuando, sesenta años después, el sufrimiento y la nostalgia de los días áureos tonificaron el nervio patriótico y las virtudes cívicas se reconstruyeron en el cautiverio, galvanizadas por el sufrimiento...». *Pirene. Introducción a la historia comparada de las literaturas portuguesas y española*. Madrid, 1971. p. 71.

12) «Pero este temple que a él le faltaba, le sobraba a su mujer doña Luisa, la cual, además de cumplir virtuosamente sus deberes de esposa y de madre, reveló un genio político excepcional, inesperado para quien no conozca las sorpresas y los misterios de la herencia. Siendo tan ranciamiento española, el genio político se sobrepuso a su nacionalidad y fue el alma de la sublevación portuguesa, rápidamente victoriosa, porque la España de Felipe IV, empedregada por una vida pública enferma de atrofia de la responsabilidad, se desplomó, a pesar de los últimos y heroicos esfuerzos del conde duque de Olivares. La duquesa de Braganza fue la que, con la inteligencia y con gracia y con energética astucia, movió los peones de la libertad de su pueblo; y después el que este pueblo portugués, mientras que el de España se había disipado en una orgía de grandeza, en Portugal se endureció por el sufrimiento y el sacrificio. La victoria hizo reina a doña Luisa de Guzmán; y lo fue admirable, primero compartiendo el trono con su insignificante marido y después, como regente, cuando aquél murió, en 1686». O. C. III, p. 1009. Vid. J. M. CUENCA TORIBIO, «Gabriel Maura Gamazo, iberista». *Sumario de Estudios Artísticos* (1955).1

el Estado moderno, plasmado precozmente en los dos reinos artífices de la aventura descubridora y, con ella, de la apertura a la etapa deslumbradora del Renacimiento ⁽¹³⁾.

Con tal actitud, llena a la vez de comprensión y realismo — bien que teñido, a las veces, de un hipercriticismo próximo a una postura algo masoquista—, Marañón se alineaba en el surco trazado, como en otros lugares hemos insistido, por el pensamiento de raigambre conservadora cara a las relaciones entre ambos pueblos. Ni una mota del iberismo de algunos de los espíritus decimonónicos ensalzados por su pluma se adhería a su posición respecto al diálogo peninsular, que debería mantenerse, fecundamente, por dos colectividades adultas y autónomas destinadas a entenderse desde sus respectivas y totales soberanías.

Optimista y de trémolo comúnmente entusiasta, el ardiente patriotismo marañoniano no haría concesión alguna al utopismo o al ensueño en la cuestión que nos ocupa. Muy sintomáticamente, repetiremos, su exuberante pluma no discurriría ni un instante por los caminos del iberismo de sus entrañables románticos y progresistas iluminados. De su utopía, ancha y estimuladora, no formaría nunca parte la unión político-administrativa de España y Portugal. A la manera de su admirado Galdós, Marañón concebía el iberismo como el diálogo de unos amigos íntimos que nunca llegarían a anudar lazos de familia.